Discurso de Aznar en la jornada ‘Hacia un sistema eléctrico sostenible’:

“En primer lugar quisiera dar las gracias al Instituto Choiseul España, y especialmente a su presidente Eduardo Olier, por invitarme a esta jornada y brindarme la oportunidad de compartir con ustedes algunas consideraciones sobre los retos energéticos a los que nos enfrentamos en el actual contexto económico y político internacional.

Es un debate importante y urgente.

La economía mundial, y en particular los países occidentales, ha atravesado la más importante recesión económica ocurrida desde los años treinta del siglo pasado.

Aun con sus errores, las decisiones de política económica han evitado a escala internacional que la recesión se convirtiese en una depresión. Los peores augurios de los que desean el fin del libre mercado han sido conjurados.

Pero los efectos sociales y económicos de la crisis tardarán aún tiempo en desvanecerse. Especialmente en los países que, como España, se encuentran en una situación de especial vulnerabilidad y no están sabiendo tomar las decisiones necesarias para superarla.

En estos tiempos de la vida española, especialmente en aquellos que tenemos una responsabilidad pública, o la hemos tenido, hay una obligación de hablar con claridad, porque la

situación de nuestro país, desde el punto de vista económico, es de especial gravedad. Y España se encuentra en situación de grave y profundo riesgo.

Los dirigentes actuales tienen una triple responsabilidad. En primer lugar, parar las reformas económicas y sociales que venían realizándose con éxito en nuestro país; en segundo lugar, negar empecinadamente la crisis que todo el mundo advertía e incluso descalificar a quienes lo avisamos, y en tercer lugar, por tomar decisiones profundamente equivocadas. El resultado son cuatro millones y medio de parados y más de cien puntos de pérdida de credibilidad de la deuda española con respecto a la alemana, cuando hay que recordar que la deuda española tuvo más credibilidad y confianza que la alemana.

Lo malo no es el precio pagado, lo malo es el que vamos a tener que pagar. Y lo malo no es el tiempo perdido, sino el que nos están haciendo perder. La factura va a ser desoladora. España ha vuelto dramáticamente a la segunda división europea. Éstas son las consecuencias. Nadie puede pensar que los gobiernos europeos y el Banco Central Europeo van a aceptar una crisis como la griega o, lo que puede ser una crisis como la española, sino hay intervención clara. Y esa intervención clara supone, se quiera o no, el resurgimiento de la Europa de las dos velocidades y la vuelta de España a la segunda división. El riesgo para nuestro país es extraordinariamente alto. Nunca nadie hizo tanto daño en tan poco tiempo.

Igual que unos aluden a la demografía como elemento esencial para poner en marcha una supuesta reforma de las

pensiones, del mismo modo la recuperación no está garantizada de forma mecánica. Hace falta más, hacen falta ideas y un proyecto político que concite a los españoles a recuperar un futuro común de prosperidad.

Me estoy refiriendo, claro está, a la verdadera recuperación; aquella que proporciona un crecimiento sostenido, que genera empleo, que crea oportunidades para todos e incentiva el desarrollo de las inmensas capacidades que la sociedad española ya demostró en un pasado no tan lejano.

Nada nos impide ahora volver a reeditar lo que fue un éxito colectivo en el que tuve el honor de participar como presidente del Gobierno de España.

Pero cuanto antes salgamos, mejor. Es hora de que los líderes políticos ofrezcan de forma creíble a los ciudadanos nuevas oportunidades de prosperidad. Y esto no se hace con discursos alejados de la realidad, como muy bien saben los que han sufrido en sus familias los embates de la crisis.

La recuperación no puede sustentarse nunca sobre bases tan frágiles como un crecimiento insostenible e infinanciable del gasto, el déficit y la deuda pública.

La verdadera recuperación debe tener bases sólidas. Es indispensable que España afronte con decisión una ambiciosa Agenda Nacional de Reformas en la que la política energética debe ocupar un lugar prioritario.

La salida de la crisis no tendrá lugar con una restricción de la libertad económica ni con planes de ingeniería social.

Por el contrario, serán el conocimiento, el trabajo, el espíritu emprendedor, la innovación y las inversiones los que promoverán los avances tecnológicos que darán forma al futuro. Y el sector energético no es una excepción.

Señoras y señores

La experiencia de siglos demuestra que el mercado competitivo es el mejor instrumento para garantizar la eficiencia en la asignación de los recursos. En un entorno verdaderamente competitivo no hay espacio para el que no optimiza los recursos y los despilfarra.

Por ello, si queremos hablar en serio de eficiencia energética, deberemos hablar de aumentar la competencia en los mercados.

Apostar en serio por la eficiencia energética en todos los sectores de la economía exige usar el más potente mecanismo disciplinador de la ineficiencia: la competencia en mercados libres.

Un modelo energético de futuro supone la optimización simultánea de tres objetivos: que haya energía, que sea limpia y que sea barata.

- Primero, que haya energía. Es decir, que garanticemos la seguridad estratégica de suministro, lo que supone tener en cuenta tanto consideraciones técnicas como de seguridad nacional;

- Segundo, que sea limpia. Esto significa cuidar el medio ambiente que habitamos, que es un objetivo mucho más amplio que la mera reducción de emisiones de CO2, aunque éste sea un aspecto relevante que concita la mayoría de las atenciones.

- Y tercero, que sea barata. Esto significa tener unos costes de generación que fortalezcan la competitividad del conjunto de la economía.

Con estos tres objetivos el balance de la situación energética en España es bastante pobre. Basten tres breves pinceladas.

- Primero, nuestra dependencia energética del exterior es del 79%, sólo superada en la UE por Italia con un 80%.

- Segundo, nuestras emisiones de CO2 son un 40% superiores a las de 1990, pese al compromiso que adquirimos en Kyoto de que no superasen el 15%. Lo recuerdo porque lo firmé.

- Tercero, el fuerte aumento de los precios de la electricidad en España en los dos últimos años ha empeorado la competitividad del tejido productivo español, especialmente en el sector industrial.

Además, el déficit de tarifa acumulado en el sector eléctrico alcanza ya los 19.000 millones de euros. Como tantas otras deudas, el 92% de esta deuda se ha generado a partir del año 2005. Y, como todas las deudas, las acabarán pagando los consumidores en el peor momento.

Para superar los importantes retos energéticos de España harán falta decisiones valientes y muchas inversiones. Y para ello resulta esencial disponer de un adecuado marco institucional donde los organismos reguladores cuenten con independencia y credibilidad y en el que los poderes públicos actúen conforme a las normas.

La calidad del marco regulatorio e institucional es un factor competitivo de primera magnitud en la economía globalizada.

El bienestar de los españoles no puede permitirse espectáculos como los ofrecidos por el Gobierno en el caso de la OPA a Endesa, que ha acabado con sanciones a España por parte de la Unión Europea. O el desprestigio al que el Gobierno ha sometido el criterio técnico del Consejo de Seguridad Nuclear en lo referente a la licencia de la central nuclear de Garoña.

La inseguridad jurídica y el desprestigio de las instituciones nunca son gratis y menos en un sector con inversiones tan cuantiosas y a tan largo plazo.

El precio de la mala política energética es elevado; y lo peor es que quien lo paga es el conjunto de la sociedad y no los causantes del daño.

La mala política energética es, a la vez, causa y consecuencia de un pobre debate sobre estos temas en la sociedad española. Muchos reclaman –y con acierto- que sobre estas cuestiones se pueda llevar a cabo un debate ponderado alejado de los dogmatismos.

Lo bueno que sería en España debatir sobre estas cuestiones con tranquilidad y lo difícil que es en España debatir sobre estas cuestiones con tranquilidad.

El Instituto Choiseul España, junto a otras instituciones de la sociedad civil, realiza una valiosa aportación al contribuir al debate sereno y profundo sobre estas cuestiones.

Pero de los líderes políticos hay que exigir algo más que apelaciones genéricas al diálogo y a la reflexión. Hay que exigir posiciones claras y razonadas y una labor didáctica que aleje el populismo y la demagogia del debate. Posiciones basadas en la racionalidad y el interés general que sean la base de una política responsable.

Por ello quiero decir muy claramente que son profundamente empobrecedores los debates planteados en términos de confrontación entre distintas tecnologías o fuentes energéticas.

Todas las energías tienen sus ventajas y sus inconvenientes. Por ello todas tienen su papel en un mix energético equilibrado.

Todas las energías que colaboren a que el mix energético tenga una mayor seguridad de suministro, mejore la protección del medio ambiente o reduzca los costes de la energía deben tener cabida. Y, por supuesto, la energía nuclear es una de ellas.

Está claro que la energía nuclear no resuelve por sí sola todos los problemas energéticos que tiene planteados España, pero

también está claro que sin la energía nuclear los problemas no tendrán una verdadera solución sostenible en el tiempo.

El actual debate sobre la energía nuclear en España es alarmante. El debate no puede limitarse a si tal o cual central de energía nuclear de casi cuarenta años de vida debe tener prórroga o no, como vivimos hace algunos meses. Tampoco a otras cosas como dónde se sitúa un almacén de residuos nucleares. Cuestión en la que, por cierto, con alguna leve excepción, los únicos que han estado en su sitio son los alcaldes que han pedido que se instale en su municipio. En algunos casos se ha estado fuera de sí y en otros casos se han dicho cosas muy poco razonables, muy poco coherentes con la situación.

Quiero decirlo muy claro. El debate actual en España tampoco debería ser eso, debería ser cómo abordar la construcción de centrales de energía nuclear de nueva generación y la ampliación de la capacidad de generación a través de esas nuevas centrales. Ese es el debate serio y real.

Digo más: si España se queda aislada en este terreno, y pierde el tren tecnológico en este sector, toda la economía española pagará un coste tremendo. No deberíamos olvidar que, ligado a la tecnología nuclear, España posee un sector industrial de elevada intensidad tecnológica muy competitivo a nivel mundial.

Todo el mundo está impulsando nuevos proyectos nucleares. Países y sociedades tan preocupadas por el medio ambiente como Finlandia, Reino Unido o Japón están dando un fuerte impulso a la energía nuclear. Y es lógico que lo hagan porque la tecnología

nuclear ofrece seguridad de suministro, energía estable a un coste competitivo y predecible, no emite CO2, y sus residuos son reciclables y tratables con total seguridad.

Obviar estas realidades es irresponsable. La competitividad de la economía española y el empleo de los españoles no merecen ser sacrificados en el altar ni del prejucio, ni del dogmatismo ni de la indefinición temerosa.

Señoras y señores,

Algunos parecen haber descubierto recientemente el sector de las energías renovables. Algunos, a lo mejor es porque somos más mayores, lo hicimos hace ya bastante tiempo. En 1997, como presidente del Gobierno, decidí impulsar en España el sector de las energías renovables. Y sigue vigente la Ley que entonces se promulgó.

Fue una decisión que considero acertada. Ha permitido, entre otras cosas, reducir notablemente la dependencia energética española del exterior, reducir la factura del petróleo y desarrollar un sector productivo que colocó a las empresas españolas a la vanguardia mundial de energías como la eólica.

Lo que ocurre es que la apuesta política por las energías renovables se presta con facilidad a la demagogia, a discursos poco razonables y a decisiones erróneas.

En economías tan fuertemente dependientes del petróleo, como la española, las energías renovables no son ni deben ser

enfrentadas a otras fuentes energéticas eficientes, como la energía nuclear. Nucleares y renovales se complementan y se refuerzan. Éste fue el sentido de nuestra política energética cuando fui presidente del Gobierno.

Sin embargo, hoy en día, hay mucha gente que plantea el debate como una elección excluyente entre energía renovable y energía nuclear. Y eso es un grave error. Las dos son necesarias. Las dos deben aportar al balance energético nacional. Las dos reducen la dependencia energética del exterior. Las dos reducen emisiones de CO2 y otros gases de efecto invernadero.

El impulso inicial al sector de las energías renovables puede requerir primas o subsidios públicos para adquirir cierta escala. Nunca hay que olvidar que esos subsidios proceden de los impuestos que pagamos todos. Y de los subsidios, como de los laberintos, conviene saber cómo salir y salir cuanto antes.

Y no es lo mismo invertir en investigación y desarrollo de nuevas tecnologías energéticas que gastar decenas de miles de millones en el despliegue a gran escala de tecnologías que quedarán rápidamente obsoletas.

El impulso al sector de las renovables sólo tiene sentido si va aparejado al desarrollo de una tecnología y un tejido industrial capaz de competir internacionalmente en mercados abiertos.

Si se toman malas decisiones y se prima la ineficiencia, la deuda crece y, al final, pagamos todos, haciendo insostenibles las políticas; no sólo en el campo energético. Es la misma dinámica

insostenible que ocurre en la actualidad en tantos otros campos de las políticas públicas. Como dijo el premio Nobel de economía James M. Buchanan: “no hay nada más inmoral que cargar a nuestros hijos y a nuestros nietos con las deudas de nuestra ineficiencia”.

Queridos amigos,

Tras la aprobación del Tratado de Lisboa, Europa tiene la oportunidad de abandonar las discusiones sobre los aspectos institucionales y centrarse en las políticas que interesan y afectan a la calidad de vida de los ciudadanos.

Europa también se enfrenta a importantes retos energéticos. Un crecimiento de la economía mundial del que se beneficiarán todos los países, aunque en distinto grado según la calidad de las políticas internas. Este escenario de crecimiento implicará un aumento en la demanda global de energía haciendo que Europa, el mayor importador de petróleo del mundo, afronte una mayor competencia en torno a las fuentes de aprovisionamiento. Y ello terminará afectando a la seguridad de los suministros.

Algunos combustibles fósiles se han convertido en un instrumento de coacción política por la facilidad con la que sus precios pueden ser alterados en mercados cartelizados y por la inestabilidad geopolítica de las zonas en las que se encuentran los principales países productores.

Resulta una terrible irresponsabilidad, también desde el punto de vista de la seguridad del suministro energético, mirar hacia otro

lado mientras Irán avanza hacia la consecución de armas nucleares. Un Irán nuclear no es una opción aceptable y Europa no puede seguir mirando hacia otro lado.

En el ámbito del mercado interior hay que señalar que todavía queda mucho camino por delante para alcanzar la aspiración de un mercado único energético. Hace falta un claro compromiso en intensificar las conexiones energéticas.

Pero no es sólo la falta de interconexiones lo que frena el mercado único en energía, es también la falta de un adecuado marco regulador y avanzar más decididamente en el proceso de liberalización.

No será posible la creación de un verdadero mercado único liberalizado de energía en Europa mientras no se aborde con decisión el triángulo liberalización-privatización-marco regulador, como ha demostrado la propia experiencia privatizadora en España.

La presencia distorsionadora de ‘campeones nacionales’, apoyados o participados por los gobiernos nacionales, son un freno claro a la integración del mercado y a que los ciudadanos europeos disfruten de todo su potencial.”